

Intervención del presidente del Partido Popular, **Mariano Rajoy**, en la presentación del libro “*El pensamiento político de Adolfo Suárez*”, de Federico Quevedo. Editorial Altera

(Embargado hasta las 19.40hs)



“Quiero comenzar mis palabras agradeciendo a la editorial Altera su amable invitación y a todos ustedes su presencia.

Pero me van a permitir que agradezca muy especialmente al autor, a Federico Quevedo, la oportunidad que me ha dado de presentar su excelente libro sobre Adolfo Suárez. Agradezco también la presencia en esta mesa de Adolfo Suárez Illana que ha conseguido en su prólogo rendir un homenaje tan sentido como razonado a su padre.

He aceptado con gusto esta invitación, porque creo que la figura de Adolfo Suárez merece el reconocimiento general y, desde luego, el mío particular y me resulta especialmente grato hacerlo al hilo de la presentación de un libro como el que tan oportunamente ha escrito Federico Quevedo.

Oportunamente, porque creo que aparte lo que esta contribución pueda tener de restitución de una verdad histórica, de rescate de una labor política tan singular como la que llevó a cabo Adolfo Suárez, esta obra llega en un momento especialmente sensible de nuestra historia política; un momento en el que existe un cuestionamiento –a veces solapado, otras abierto- del espíritu y los logros de la Transición, de los que Adolfo Suárez es, junto a Su Majestad el Rey, la principal referencia.

Si algo hemos hecho los españoles en el terreno político que suscite la admiración, y hasta la emulación en otros pueblos, es ese trabajo que para unos es de ingeniería y que otros más bien encuadran en la orfebrería, al que llamamos la Transición.

Ese admirable proceso en el que los españoles transitamos, por vez primera en dos agitados siglos, de un sistema político autoritario, que era ya una reliquia excéntrica, a una democracia plena, perfectamente homologable – y en algunas cosas, incluso ejemplar- a la de los países a los que aspirábamos a parecernos.

Algunos han calificado de milagrosa esa transformación democrática, el proceso que se siguió y el resultado que se consiguió. Pero en política no existen (o, si existen, no están debidamente documentados) los milagros. En todo caso, se trataría de un milagro que tiene sus santos patronos terrenales. Uno de ellos, sin duda, Adolfo Suárez.

Y permítanme que comience con una afirmación de tipo personal. Al cabo de los años, cuando ya tenemos una perspectiva cabalmente histórica de lo que sucedió 30 años atrás y somos capaces de calibrar lo que ha supuesto en términos de transformación histórica, tengo la sensación de que todos –o casi todos- hemos sido como mínimo cicateros y en algunos casos injustos con Adolfo Suárez. Hoy su figura se agiganta a los ojos de los españoles que, por razones a las que luego me referiré, echan mucho de menos el espíritu de la Transición.

Pero antes de entrar en ello, quiero destacar dos rasgos que a mi juicio se hallan detrás de la obra política de Adolfo Suárez en la Transición y que explican en buena medida su éxito: la pasión y la determinación.

La pasión en política –quizá como en otras facetas de la vida- es tanto un potente motor de la actividad, como, un riesgo para la misma cuando se desborda o se ejerce sin las ciertas dosis de prudencia o mesura.

Si hablamos de la pasión de Adolfo Suárez por llevar adelante la transformación de España en una democracia es evidente que cumple describirla como fuerte y también como contenida. Fuerte porque hacía falta una especial fortaleza para identificar primero y ensamblar después el concurso de voluntades que permitió el tránsito desde el régimen autoritario al democrático. Pero contenida al mismo tiempo, porque hacía falta mucha contención y mucha mano izquierda para sortear los múltiples escollos –algunos muy importantes- que era preciso superar para llevar la nave a puerto.

Pero, igualmente, era precisa la determinación que Adolfo Suárez evidenció en grado sumo desde la primera definición del proceso, cuando fue nombrado por el Rey en julio de 1976, hasta lo que podríamos llamar el eslabón simbólico de culminación de aquella obra, la aprobación del texto constitucional en diciembre de 1978. Es verdad que Adolfo Suárez había hecho algunas cosas importantes antes e hizo muchas después. Pero, a mi juicio, en esos 30 meses de su desempeño se encierra la médula de su contribución a la Historia de España con mayúsculas, en la que, estoy seguro, su labor será reconocida con mucha mayor generosidad que la que sus coetáneos le atribuyeron.

Y, con el beneficio de la mirada retrospectiva, debemos admirar hoy la condición esencialmente integradora de los consensos de la Transición alcanzados bajo la dirección de Adolfo Suárez, la insobornable actitud de

sacrificar a esos consensos voluntades particulares, legítimos intereses de parte y hasta ventajas de las que en su momento pudo gozar como Presidente del Gobierno.

Lo que quiero decir es que una constante del relato político de la Transición es que todos los pasos importantes de la misma sólo se daban una vez que se conseguía trabar un acuerdo de muy amplia base. Un acuerdo que, como mínimo, incluía a los dos partidos entonces centrales del sistema (la UCD y el PSOE) pero que casi siempre se esforzaba en incorporar a las dos formaciones políticas que se hallaban al costado de las dos principales, AP y el PCE, así como al nacionalismo moderado, en la medida en que éste último se dejaba.

Y esa voluntad integradora, de búsqueda de acuerdos, se refleja inicialmente en los Pactos de la Moncloa, un ejercicio inédito en nuestro país de lo los científicos de la política llaman – y perdón por el palabro- “*democracia consociacional*”: es decir, el proceso de poner de acuerdo a los contrarios en un punto de cesión aceptable para todos, con el fin de resolver algún problema grave (en aquel caso, una situación económica y social insostenible que suponía un lastre insoportable para el avance del proceso político). Dicho de otra manera, la cesión en lo particular en aras de conseguir el bien común.

Donde alcanza su mejor expresión esta filosofía es en el proceso de debate constitucional. Desde que en España existe alguna forma de constitucionalismo, la Constitución de 1978 es el único ejemplo de un texto cimentado en un acuerdo de ancha base en el que concurren la inmensa mayoría de los representantes democráticos del pueblo y, en última instancia, el pueblo mismo.

En lenguaje más llano, es la primera vez que media España no le arroja una Constitución a la otra media, sino que todos los españoles, o, al menos, la inmensa mayoría de ellos encontraron un punto en el que reconocerse, definir las vigas maestras de un edificio de la convivencia que, por seguir una metáfora que propio Suárez usó más de una vez, resultara habitable para todos.

Y, sin ánimo de polémica, partiendo de que, como antes señalaba, creo que todos tenemos alguna deuda por saldar con Adolfo Suárez, creo también que la de unos es mayor que la de otros. Hoy se habla mucho de crispación. Pero a mí se me hace difícil recordar un ejercicio más sistemático, despiadado y tenaz que el ejercicio de demolición, de acoso y

derribo que contra Adolfo Suárez emprendió el PSOE después de las elecciones de 1979 hasta su primera desaparición de la escena política.

Todos los recursos, todas las descalificaciones, todo el juego sucio se utilizó para abatir a quien a los ojos de los dirigentes del PSOE les había burlado un triunfo electoral que creían tener en la mano. No puedo evitar un gesto de ironía cuando, y perdón por esta transposición histórica, se nos dice ahora a nosotros que no hemos aceptado el resultado de 2004. La noche del 14 de marzo de ese año reconocí públicamente la legitimidad del triunfo del adversario, llamé al Candidato del PSOE, le felicité por su triunfo y me puse a su disposición. La noche del 3 de marzo de 1979 desde la dirección del PSOE todo lo que dije fue que “*el pueblo se había equivocado*”.

El proceso de Transición se contempla hoy desde la sociedad española como uno de los logros más significativos de la historia política de nuestro país. La Constitución sigue gozando de un respaldo amplísimo de la ciudadanía y el espíritu que la anima es no menos ampliamente añorado por los ciudadanos.

¿Qué está sucediendo? A mi juicio -y quiero hacer de esto no un argumento político, sino un motivo para la reflexión- lo peor que está pasando es que desde hace unos pocos años existe una corriente de revisionismo de la única página de incontestable éxito político que habíamos construido en dos siglos: la Transición. Y esto con dos objetivos; en primer lugar para relativizar sus méritos y, en segundo, para procurar su sustitución como referencia central de la democracia por un experimento democrático fallido, como fue el de la Segunda República.

Esta tesis viene a sostener que lo que a mi entender es el principal mérito del espíritu de la Transición, la superación del mito de las *dos Españas*, simboliza su principal debilidad, su radical insuficiencia.

Para esos revisionistas aquel pacto integrador no fue tal, sino un mal menor impuesto y aceptado para superar la salida de un régimen autoritario; así lo que fue una historia de acuerdos contruados sobre olvidos y desmemorias mutuamente consentidos, una página que se diría inspirada por la máxima azañista de la “*paz, piedad y perdón*”, debe reescribirse como una historia –una vez más- de buenos y malos, que reabra heridas ya cerradas o incluso abra algunas que nunca llegaron a existir.



No creo estar en minoría si sostengo que echar por tierra los logros de ese admirable proceso, por seguir la figura de Talleyrand, “*peor que un crimen, es un error*”. Y ese es el riesgo que –por la ligereza de algunos y la pasividad de otros- actualmente corremos. En estas circunstancias, volver los ojos al pensamiento político de Adolfo Suárez y, sobre todo, a sus realizaciones políticas, es un antídoto saludable frente a aquellas tentaciones.

No quisiera extenderme más. Mi enhorabuena a Federico Quevedo por este valiente e interesante trabajo, mi sincera recomendación a todos ustedes de lo que lo lean y de nuevo mi agradecimiento a los organizadores por su invitación y a ustedes por su atención”.